



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Tipo de documento: Artículo de investigación

2018
Kaira Vanessa Gámez
EL DECIR EPISTÉMICO DEL PSICOANÁLISIS: UNA ÉTICA DE LA ESCRITURA
Revista Affectio Societatis, Vol. 15, N° 28, enero-junio de 2018
Art. # 4 (pp. 81-100)
Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

EL DECIR EPISTÉMICO DEL PSICOANÁLISIS: UNA ÉTICA DE LA ESCRITURA

Kaira Vanessa Gámez¹

Universidad Católica Andrés Bello, Venezuela

kgamezma@ucab.edu.ve

ORCID: 0000-0002-7559-7820

DOI: 10.17533/udea.affs.v15n28a04

Resumen:

El sistema con el que Freud y sus sucesores han estructurado la fenomenología de la experiencia psicoanalítica está hecho de palabras. Palabras antiguas que se traban entre sí de un modo renovado. Como científico, Freud bien pudo admitir la *θεωρία* como medida de la realidad; como epistemólogo vislumbró con claridad que la operación del científico no consiste tanto en cernir la realidad como en aproximarse *siempre* a ella. Situar

la vocación científica del psicoanálisis es discurrir sobre una ética que se halla orientada a la escritura de un real. Allí la elaboración lacaniana sobre el límite conceptual que entraña el propio concepto de inconsciente – *Unbegriff* – es una indicación epistemológica general, esencial para elucidar el estatuto del saber en psicoanálisis.

Palabras clave: epistemología, psicoanálisis, ética, saber, verdad.

1 Licenciada en Psicología (UCAB). Magíster en Filosofía y Ciencias Humanas (UCV). Diplomada en Docencia orientada al desarrollo de competencias (UCAB). Cursante del segundo año del Programa de Estudios Avanzados en Psicoanálisis del Centro de Investigación y Docencia en Psicoanálisis (Nueva Escuela Lacaniana, sede Caracas). Docente e investigadora de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica Andrés Bello UCAB, Venezuela en las cátedras: Historia y fundamentos filosóficos de la Psicología, Teorías y sistemas en Psicología (Jefe de cátedra). Coordinadora del Proyecto de investigación: *Historia de la Psicología en la Universidad Católica Andrés Bello: 60 años de tradición*, adscrito la Escuela de Psicología de la UCAB.

THE EPISTEMIC SAYING OF PSYCHOANALYSIS: AN ETHICS OF WRITING

Abstract:

The system with which Freud and his successors have structured the phenomenology of the psychoanalytic experience is made up of words. Ancient words that get tangled up in a renewed way. As a scientist, Freud could admit *θεωρία* as the measure of reality; as an epistemologist, he clearly envisaged that the scientist's operation does not consist so much in sifting reality as in *always* approaching it. Placing the scientific

vocation of psychoanalysis is to reason on an ethics oriented towards the writing of a real. The Lacanian elaboration on the conceptual limit entailed in the concept itself of unconscious –*Unbegriff*– is a general epistemological indication, essential to elucidate the status of knowledge in psychoanalysis.

Keywords: epistemology, psychoanalysis, ethics, knowledge, truth.

LE DIRE ÉPISTÉMIQUE DE LA PSYCHANALYSE : UNE ÉTHIQUE DE L'ÉCRITURE

Résumé :

Le système avec lequel Freud et ses successeurs ont structuré la phénoménologie de l'expérience psychanalytique est fait de mots. Mots anciens qui s'entremêlent d'une manière renouvelée. En tant que scientifique, Freud a pu admettre la *θεωρία* comme mesure de la réalité. En tant qu'épistémologue, il a entrevu clairement que l'opération du scientifique consiste moins à cerner la réalité qu'à *toujours* s'en approcher. Situer la vo-

cation scientifique de la psychanalyse consiste à réfléchir sur une éthique qui vise l'écriture d'un réel. Ici, l'élaboration lacanienne sur la frontière conceptuelle qui implique le concept même d'inconscient –*Unbegriff*– est une indication épistémologique générale, essentielle pour clarifier le statut du savoir en psychanalyse.

Mots-clés : épistémologie, psychanalyse, éthique, savoir, vérité.

Recibido: 15/04/17 • Aprobado: 28/07/17

*Words! Mere words! How terrible they were!
How clear, and vivid, and cruel! One could not escape from them.
And yet what a subtle magic there was in them!
They seemed to be able to give a plastic form to formless things,
and to have a music of their own as sweet as that of viol or of lute.
Mere words! Was there anything so real as words?*

Oscar Wilde, *The Picture of Dorian Gray*.

Antiguos son ya los días en que el término επιστήμη, ancestro literario de toda forma de *ciencia*, resonaba meramente como ‘conocimiento inteligible’. Pese a que el sustantivo *scientia* procede del verbo *scire* que traduce al ‘saber’, ya desde Platón había sido rechazada la idea de reducir la *episteme* a un concepto tan vago, incapaz de discernir la sabiduría de otras formas de conocimiento menos dignas. Sólo era necesario que el *saber* denotado por el término *episteme* tomase el severo cariz de los modos legítimos para que la ciencia supiera constituirse en virtud de la preocupación porque aquel fuese creíble y verdadero (Ferrater-Mora, 2009, p.340). El propósito de mantener lejos la δόξα pura e injustificada devino en el *método* que subyugaría el ámbito de la inteligibilidad al de la verdad, como si ésta fuese simétrica e interior al plano de la formalización. Esta sutil tentativa silenció la verdad bajo el supuesto de que la ciencia podría decir de ella ‘su verdad’, aboliendo así la falta fundamental sobre la cual se constituye, en primer lugar, todo discurso epistemológico. Ahora bien, esa *scientia*, que no es ya sino de la correspondencia, puede ser leída en su propia epistemología situando el lugar que el sujeto y la verdad ocupan en su discurso. He allí el corazón epistémico del retorno a Freud, ese que demuestra que lo que está en juego es cierto empalme entre el saber y la verdad que no fue sin consecuencias para la ciencia ni tampoco para el psicoanálisis.

El psicoanálisis ha recibido desde su nacimiento las más agudas críticas provenientes de los círculos positivistas de las ciencias. Sobre la base de un «ideal de ciencia» bajo el cual no en vano también nace (Milner, 1996, p.37), se le impugna la ex-céntrica noción de *inconsciente* que lo funda y que lo instala en un campo metodológicamente re-

sistente a toda réplica, a toda comprobación objetiva y experimental. Para esas voces críticas no puede menos que resultar sorprendente, como afirma Jacques-Alain Miller, que una de las tesis fundamentales de la epistemología lacaniana sea la que establece que la estructura del discurso psicoanalítico sólo es pensable en íntima relación con la estructura del discurso de la ciencia (Miller, 1990, p.43). Y es que, en efecto, en la medida en que la ciencia supone una secreta desproporción entre el sujeto y el objeto como condición antagónica de existencia –condición que el positivismo no advierte por tomar la posesión supuestamente ‘natural’ de un objeto como único criterio de científicidad (Miller, 1990, pp.43, 46)–, su estructura fundamental no deja de estar emparentada con la del psicoanálisis, cuya regla elemental opera justamente en aquello que la ciencia ha desalojado del mundo. En ese sentido, el psicoanálisis es hijo de una ciencia –la de su tiempo– y de una tradición epistemológica que supone una suerte de armonía preestablecida entre el saber y la verdad cuya cristalización ocurre en la operación del *cogito* (Lacan, 1966/2009, pp.814-815), siendo justamente la estructura del acto cartesiano lo que pone en evidencia que el punto de origen de la ciencia moderna no se encuentra tanto en las particularidades metodológicas que pueden convertir a la *episteme* en un conocimiento verdadero, como en el surgimiento de un sujeto excluido al que, desde Freud, sabemos que lo atañe el campo de lo inconsciente.

A la par de esa corriente epistemológica que desemboca en el científicismo cuyo epítome positivista es ampliamente conocido, la subversión freudiana del sujeto moderno, fundamento del discurso psicoanalítico, tomó su lugar en la historia abriéndole las puertas, como ha dicho Miquel Bassols, a una tradición epistemológica alternativa que fue referencia insoslayable para Lacan y que ha llegado hasta nuestros días tomando al sujeto de la experiencia analítica como su fundamento. Alexandre Koyré fue pionero en ese campo en el que tempranamente elucidó el carácter «aproximado» del matema frente a la naturaleza como la implicación lógica de un movimiento que apuesta por la conceptualización de lo que, no obstante, se halla siempre fuera de toda medida (Bassols, 2016). En la ciencia moderna aparece siempre un residuo, un imposible de representar que

resulta de la operación que el *cogito* ejerce sobre su objeto, consideración que concierne al campo freudiano tanto más cuanto que éste produce un entramado teórico que a su vez requiere para existir. ¿Es el psicoanálisis una ciencia que formaliza una teoría de la *adaecuatío*? He allí la cuestión epistemológica. ¿Qué tipo de teoría realiza el psicoanálisis? Indudablemente, incluso si la teoría psicoanalítica es pensada como ficción, como mera *aproximación*, «los *Grundbegriffen* que la constituyen delimitan claramente el campo recién conquistado» (Cottet, 2013, p.1).

Es en ese sentido que Lacan sostiene como esencial el paso científico de Freud. En 1955 citó un extenso pasaje de *Las pulsiones y sus destinos* del que se hizo eco para sostener que «no hay empirismo posible sin una elaborada conceptualización» (Lacan, 1955/2008, p.145). En dicho texto Freud demuestra que el contenido de todo concepto fundamental lo forja el científico mediante un ejercicio de descripción fenoménica que pone en evidencia la irremediable dependencia que existe entre la empírea y la conceptualización. No hay modo de formar el entendimiento de lo que ha sido hallado en la experiencia prescindiendo de la puesta en palabras — siempre flexibles — del material experimental. Es esta posición freudiana — que Lacan califica como «profundamente filosófica» — la que preforma la deuda en la que se hallará, de allí en más, el psicoanálisis respecto de la ciencia, pues, como apunta Serge Cottet (2013, p.1): «sólo los conceptos son quienes hacen existir la experiencia que hace del psicoanálisis *una praxis*».

Más adelante, en 1964, Lacan toma la palabra bajo la premisa de que el psicoanálisis es una *praxis* de la que hay que preguntarse qué la funda. Como toda *praxis*, el psicoanálisis venía a ser «una acción concertada por el hombre que, a nivel de la experiencia, le ofrece la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico» (Lacan, 1964/2008, p.14), pero ¿cómo concebir dicho tratamiento y sus principios? Siguiendo a Lacan, ciencia y psicoanálisis convergen en un punto epistémico que es el mismo donde luego encontrarán sus divergencias: ambas prácticas tienen por objeto una experiencia que requiere de la formalización conceptual para constituir el campo de su *praxis*. Esta coincidencia plantea la necesidad de ubicar, más allá de la dimensión

de la formalización, un rasgo que sea suficiente para distinguir al psicoanálisis de otras experiencias, sobre todo considerando que la experiencia mística, por ejemplo, podría llegar también a ser formalizada.

Esa suerte de búsqueda del ‘criterio de demarcación’ en el pensamiento lacaniano invita a interrogar con fuerza qué estatus epistémico puede otorgársele tanto al saber científico, como a los términos introducidos por Freud como fundamentos de su práctica. Como aclara Jean Grondin (2006, p.182), lo que instituye a la ciencia moderna no es otra cosa que el registro del *cogito* en tanto fuente y lugar de inteligibilidad del ser en su conjunto. El sujeto cognoscente transita un camino peculiar guiado por la intención de aprehender un objeto, pero ello no es suficiente para definir el modo en que inauguró ese campo del saber que ahora, con entereza, recorre. En este punto, para saber qué sucede con la praxis psicoanalítica es necesario invocar a la epistemología, pero no a aquella que no ha logrado estar «a la altura de su tarea» en la definición de esa reducción al objeto que caracteriza a toda ciencia, sino a una que pueda dar cuenta de esa modificación decisiva en la posición del sujeto que permitió la emergencia de la ciencia como *praxis*, y en su reverso, la fundación misma del psicoanálisis (Lacan, 1966/2009, pp.813-814). ¿Qué define a una ciencia? ¿Es el psicoanálisis una ciencia? El planteamiento de estas cuestiones es tan necesario como secundario frente a la pregunta acuciante que suscita en el propio campo epistemológico: ¿qué estatus epistemológico puede otorgársele a la noción de *concepto* que conviene usar en psicoanálisis?, ¿cómo concebir el *saber* en el que se teje lo esencial de la experiencia psicoanalítica? Si el ejercicio científico se define esencialmente como acto de formalización de una experiencia, es necesario preguntarse qué tipo de ordenanza, de régimen, de establecimiento, le asegura al psicoanálisis –en el campo de la formalización– su posición distintiva respecto de otras experiencias.

En su onceavo seminario, Lacan encaró estas cuestiones disponiendo como punto de partida la fórmula que había adornado hasta entonces el frontispicio de su Escuela: “el inconsciente está estructurado como un lenguaje” (Lacan, 1964/2008, p.28). Mediante la exportación de la función del significante desarrollada por la lingüística, el

psicoanalista francés operaba un cambio en el seno del psicoanálisis que consistía esencialmente, como afirma Miller, en un cambio en las referencias científicas: «de la biología a las ciencias del lenguaje, a la lingüística y a la lógica, principalmente» (Miller, 1988). La nueva *ciencia* que era la lingüística, le ofrecía la posibilidad de formalizar la estructura que sostiene la fenomenología de la experiencia analítica empleando una instancia de discernimiento que al encuadrar los objetos de su referencia, organizaba de modo inaugural tanto las relaciones humanas como el propio campo del saber sobre ellas. Al situar las nociones freudianas en relación con una lógica que se les suponía subyacente e implícita, era posible imponerles ciertas redes de discernimiento que les conferían un estatuto *científico/epistémico* (Milner, 1980, p.67).² «Conceptos fundamentales de la ciencia» le llamó Freud a aquellas ideas abstractas que progresivamente ganaban significación, delimitación e independencia en su tratamiento de las «materias empíricas» que las motivaban (Freud, 1915/1992, p.113). Lacan encontró en la función clasificatoria primaria del significante un modo de organización del campo freudiano que clarificaba “el juego combinatorio pre-subjetivo en el que algo cuenta y es contado, siendo que en ese contado ya está el contador” (Lacan, 1964/2008, p.28). Esta estructura mínima volvía más accesible ese campo de experiencia que antes que él, Freud había pretendido «fundar en conceptos claros y bien definidos». Así pues, el problema de la conceptualización en psicoanálisis podía volver a formularse, pero esta vez en relación a la lógica del significante: ¿cómo entender la función del *concepto* en psicoanálisis?

La tesis lacaniana de la analogía estructural entre los mecanismos del lenguaje y los mecanismos del inconsciente opera sobre la base de una premisa que debe ser considerada por necesidad: en el modo de ser de la escritura y de la lengua se reconoce el propio modo de ser de los procesos inconscientes (Milner, 1980, p.67). Tal como señala Milner, el núcleo de la lingüística al que acude Lacan depende de la elección de un modelo de *ciencia* que implica, únicamente y en

2 En lo sucesivo somos deudores del trabajo que Jean-Claude Milner despliega en el texto *El amor por la lengua* sobre la relevancia de la lingüística para el psicoanálisis.

todo caso, que su objeto sea representable, valga decir, regular. No obstante, hay que decir que el modo en que la lógica del significante define el estatus epistémico del psicoanálisis no depende solo del aseguramiento de que sus conceptos encierran algo calificable, accesible y objetivable. La prerrogativa de la lingüística para el psicoanálisis no viene dada tanto por sus posibilidades de formalización teórica, como por ese peculiar establecimiento suyo de una suerte de plano reversible – definido por lo que Jean-Claude Milner llama «la tesis del discernible» – capaz de reproducir a nivel teórico lo que la práctica clínica revela sobre los procesos psíquicos. Por un lado, la lingüística le impone a un objeto ciertas líneas de inteligibilidad que aseguran su ordenamiento y particularización, pero por otro, su propia operación genera – devela – la existencia de una suerte de real indefinido del cual se está exigiendo *a posteriori* su demarcación. Es la consecuencia y también la condición de posibilidad de lo que Miller llamó «el exterminio científico de la significación», esa renuncia a atribuir cualquier significación imaginaria al mundo que privilegia la construcción de redes de inteligibilidad sistemáticas e internamente coherentes en las que el significante aparece como separado de toda significación. Es el gesto científico que deja en silencio lo real en un primer momento para luego confiar en que la experiencia puede servir como vía para leer las huellas de cierto *logos*, lo cual supone siempre – de forma enigmática – que «el significante está allí organizado según ciertas leyes» (Miller, 1990, p.50). «Hay algo que no engaña» en la experiencia y que puede ser clarificado mediante un ejercicio de conceptualización, de modo que si es posible una escritura es porque algo que *no está* escrito puede llegar a serlo. Esta tesis reformula enteramente la propia noción de concepto implicada en psicoanálisis, tal como lo demuestra Lacan en el *Seminario 11*.

De cara al abordaje del concepto de *inconsciente*, Lacan recurrió prontamente al campo de las matemáticas para señalar que su «concepción del concepto» no carecía de relaciones con la forma impuesta por el cálculo infinitesimal. Este singular procedimiento entraña una virtud *epistémica* que se revela fundamental al momento de definir el estatuto que la formalización teórica adquiere en psicoanálisis. La lógica interna del cálculo infinitesimal demuestra que es posible definir

objetos que puedan ser tratados como números pero que son, en algún sentido, ‘infinitamente pequeños’. Al tratarse de números, tales objetos se convierten en puntos que no son cero pero que se encuentran a distancia cero del número ‘cero’ (Ríbnikov, 1944, pp.10-13). La referencia lacaniana al cálculo infinitesimal – que parece anticipar la noción de *matema*³ introducida por él en 1971 –, invoca el poder de una colección de técnicas que no hacen sino simbolizar expresiones de lo no-finito como vía para alcanzar la posibilidad de tratar teóricamente lo que, sin ser una ausencia, está en el lugar de la ausencia, a saber, lo in-finito. Partiendo de esta posibilidad – que garantiza para la ciencia la delimitación y definición de ‘objetos’ que en un principio no lo eran y que, luego de serlo, sostienen una relación inherente con la imprecisión en el propio plano finito del saber –, Lacan afirmó que todo concepto «se modela mediante un acercamiento a la realidad que él está hecho para aprehender, y a través de un salto, un paso al límite, cobra forma acabada realizándose» (Lacan, 1964/2008, p.27).

Lo que hay de científico en este movimiento lacaniano – que abre formalmente el campo del saber a la in-finitud – suscita una pregunta ineludible: ¿acaso la propia noción freudiana de inconsciente podría ser circunscrita en una estructura temporal que le confiera cierto estatuto epistemológico? Miller dijo en Caracas que “el psicoanálisis puede ser considerado como la manifestación del espíritu positivo de la ciencia en un ámbito especialmente resistente a la captación conceptual de la ciencia” (Miller, 1990, p.49). El inconsciente freudiano, tan lejos de las deidades de la noche como de las sustancias metafísicas, ciertamente no es la expresión de un oscuro objeto autocontenido más o menos susceptible de ser dilucidado, pero ello no obliga en nada a resignar su elaboración teórica; al contrario, hallarse frente

3 El término *matema*, de posterior aparición en el pensamiento lacaniano, en efecto posee la particularidad de designar una suerte de indecible que, no obstante, puede transmitirse. Como afirman Roudinesco y Plon (2008, p.703), es una escritura fundamentalmente algebraica que, en cuanto tal, permite transmitir los conceptos en términos de estructura, logrando con ello que sea posible hacer referencia en un plano – que es el plano en el que se habla – a algo que reconocidamente no entra en él ni se expresa en sus términos.

a la tarea de esclarecer los fundamentos del psicoanálisis partiendo de una noción de concepto epistemológicamente emparentada con el cálculo infinitesimal, requiere “que digamos en qué puede tomar forma acabada – (...) finita – la elaboración conceptual que llamamos inconsciente” (Lacan, 1964/2008, p.22).

En *De mujeres y semblantes*, Miller destaca la necesidad de volver a la palabra *prise* (captura) cuando se pretende traducir al francés lo que hay en el *Begriff* (concepto) alemán. En los dominios del *cogito* hay lo que está determinado por la captura de un saber, pero en la experiencia analítica lo que emerge se manifiesta siempre como una falla en el campo de lo definido (Miller, 1993, p.22). Freud se topa con lo inconsciente como algo del orden de lo *no-realizado* que viene a irrumpir en una frase pronunciada o escrita, alterando el tejido aparentemente continuo del decir. Lacan expresa esta idea afirmando que la experiencia del inconsciente introduce el Uno de lo *no-consciente* – *Unbewusste* –, cuyo propio límite no es otro que el *no-concepto* – *Unbegriff*– o más precisamente, el concepto de la falta (Lacan, 1964/2008, p.33). Esta afirmación es epistemológicamente reveladora por cuanto pone de manifiesto un hecho de estructura que concierne tanto al ejercicio de teorización en psicoanálisis, como a la experiencia que lo funda: la presencia de un límite predominantemente conceptual – *un-begriff*– en la propia noción de lo inconsciente – *unbewusste*–. La noción medular del edificio freudiano, ese supuesto fundamental que Freud no en vano renunció a definir,⁴ se resiste a la finitud impuesta por toda captación teórica, temporal y espacial, lo cual no hace sino relanzar la pregunta por la forma y la función epistemológica de esta noción que parece operar en la imposibilidad misma de formalización.

Georges Canguilhem se ha referido a la conceptualización como el trabajo de conferirle la función de una forma a un concepto (Miller, 1999, p.8). Si bien es cierto que “un concepto es lo que pone la mano

4 Véase el comentario freudiano en *Las resistencias contra el psicoanálisis*: “el analista declina decir qué es lo inconsciente, pero puede indicar el campo de fenómenos cuya observación le impuso el supuesto de lo inconsciente. El filósofo (...) no puede seguirlo en esto”: (Freud, 1925/1992, p.230).

sobre algo para capturarlo”, dice Miller (1993, pp.18-19), lo que define al inconsciente como concepto es que uno no logra nunca capturarlo, y no por incompetencia o porque consista en un saber distante, sino porque lo que éste hace, lo que le brinda su estatuto — si se nos permite, epistemológico —, lo que veremos que lo define como función, es el escape mismo. Para Lacan, la “verdadera función [del concepto de inconsciente] es estar en relación profunda, inicial, inaugural, con la función del concepto *Unbegriff* (...), o sea, el corte” (Lacan, 1964/2008, p.51). Lo inconsciente *corta* y hace surgir la ausencia como ausencia en el desfallecimiento de la supuesta continuidad conceptual. Acá la noción de corte ostenta un sentido que resuena profundamente en las voces antiguas, casi perdidas del vocablo *sciō*, verbo transitivo precursor del infinitivo *scire* que, como señalamos al comienzo de estas páginas, le dio vida latina al *saber* del que está hecha toda *episteme*. *Sciō* encuentra sus antepasados más directos en el protoindioeuropeo (*skh-i(e/o)-*), el sánscrito (*chyāti*) y el griego antiguo (*σχάω*), formas todas que le confieren al saber el sentido de ‘cortar’, ‘grabar’, ‘hacer una incisión’ (De Vaan, 2008, p.545), convirtiéndolo así en la forma impersonal, atemporal y libre de todo *corte*.

El inconsciente como concepto fundamental del psicoanálisis, esa concepción que según Lacan denota “lo que se manifiesta siempre como lo que vacila en un *corte* del sujeto — de donde vuelve a surgir un hallazgo (...) —” (Lacan, 1964/2008, p.35), puede ser leído bajo estas coordenadas como lo que vacila en el *saber* del sujeto al modo de una discontinuidad que sorprende rompiendo el hilo establecido por el *cogito*. La función del corte se revela idónea justo allí donde se procura conferirle a lo específico de lo inconsciente esa forma epistémica que Canguilhem evoca y cuyo valor epistémico, vemos ahora, no reside tanto en la ampliación potencialmente infinita de la inteligibilidad, como en la posibilidad ética de “limitar el colonialismo totalitario del saber frente a lo incomprensible” (De La Fabián, 2008, p.146), preservado el lugar del sujeto aún en el campo mismo del saber. Esto nos permite elevar el comentario que Lacan hace en el *Seminario 11* sobre la función de corte de lo inconsciente a una indicación epistemológica general: la noción freudiana de inconsciente se realiza y adquiere su forma epistémica en la propia noción de *corte*, término que conserva

el privilegio semántico de aludir a una *incisión grabada* en el propio campo del saber que, como tal, mantiene la distancia cero que existe – y de la que la experiencia analítica da testimonio – entre el saber y aquello a lo que éste alude. Hacer resonar la ambigüedad etimológica entre *saber* y *corte*, nos permite releer ese doble plano epistemológico que pone de relieve la lingüística y que muestra la intrínseca relación que guarda el saber, como nos enseña el cálculo infinitesimal, con la función de la ausencia propia del *corte* que es lo inconsciente. La principal virtud – precisamente epistemológica – de este movimiento reside en la visibilización de un registro que, por retroacción, nos induce a afirmar en el propio campo del saber que hay la hiancia, que hay lo indiscernible, que hay de lo real.

Las implicaciones teóricas y éticas derivadas de esta modificación epistemológica no son en nada desdeñables. Asegurar en el plano del conocimiento que el inconsciente como paradigma de los conceptos fundamentales del psicoanálisis presenta un límite definido por la propia falta a la que pretende aludir, es afirmar que el rendimiento del campo epistemológico queda definido para el psicoanálisis por el corte mismo de lo inconsciente, o lo que es lo mismo, que la función epistémica del concepto de inconsciente – piedra angular del psicoanálisis – se define a partir de la función de corte que ejerce en la propia episteme. Leyendo a Bassols y a De La Fabián, se deduce que la ciencia puede ser pensada de acuerdo a una tradición epistemológica que olvida el gesto por medio del cual crea una supuesta connaturalidad entre el saber y su objeto (Bassols, 2016; De La Fabián, 2008, p.116); el psicoanálisis, por su parte, reescribe el campo epistémico mediante sus elaboraciones, insertando en él un abismo que separa la formalización del real a la que ésta apunta. El *concepto* de lo inconsciente es fundamento y ejemplo de este movimiento epistemológico general que, al tratar la forma – el número, el concepto – como representación enigmática de la presencia del significante en lo real y no como *medida* de un ser natural (Miller, 1990, p.45-46), dispone lo real como un punto frente al cual el saber es siempre impotente. Si bien la ciencia supone un «exterminio de la significación» que no obstante encuentra refugio luego en la suposición de que cierto saber, organizado según cierto *logos*, funciona en lo real, el ejercicio científico – en

lo que el psicoanálisis le adeuda — puede pensarse como el mero tejido de una red sistemática de significantes que soporta los objetos; objetos que no consisten ni tienen sustancia fuera de la propia red de significantes. Esta tentativa permitiría pensar lo real — por difícil que sea — como un mero residuo opaco de la operación signifiante. Así las cosas, el destino del concepto y del matema está vinculado a la formalización y no a la medición, como apunta Miller, siendo allí el movimiento esencial ese que prescinde de “proyectar en un sujeto supuesto saber lo que es una invención signifiante” (Miller, 1990, p.52). Ante todo esta es una apuesta ética, la del psicoanálisis, que al bosquejar la «heterogeneidad del saber con lo no sabido» no sólo permite darle cabida en el plano del saber a una experiencia heterogénea al mismo —la de *lo inconsciente* como punto electivo de *un saber que no se sabe*—, sino que, tal como apunta De La Fabián, le impone “un límite radical y muy particular al propio saber psicoanalítico” (De La Fabián, 2008, p.116).

A partir de su experiencia, Freud convirtió lo *inconsciente* en una escritura que, pese a estar concernida por la misma limitación que pretende indicar, permite formalizar — en un sentido *epistémico* siempre estrecho — esa suerte de sustracción que incompleta la realización acabada a la que apunta todo concepto en el campo del saber; sin embargo, haber formalizado ese *corte* no podía haber dejado indemne al saber en su sentido más general. Plantear que un concepto puede formalizar una experiencia que, no obstante, se resiste siempre a quedar absorta en él, implica afirmar que el saber mismo es no-todo, o lo que es lo mismo, que se hallará siempre en falta frente a algo de lo que aborda. Lo que está en juego en este punto es una tesis epistemológica fundamentalmente contraria a la que postula la connaturalidad entre el sujeto y el objeto: el estatuto epistemológico de la praxis psicoanalítica está definido por una implicación subjetiva singular que no es absorbible por el saber teórico (De La Fabián, 2008, p.116). El *concepto* de lo inconsciente es fundamento y muestra de esa particularísima forma de teorizar que opera poniendo en entredicho la secreta solidaridad que suele pensarse que existe entre el saber y su objeto. Si en el saber *hay* lo que se le sustrae, el saber mismo pasa a estar concernido por los propios problemas de su objeto, por la misma pregunta que

pretende responder. A partir de ese punto, esa inadecuación infranqueable y fundamental que emerge entre el saber analítico formalizado y el acto analítico –que se procura quede recogido en dicho saber– no restringe su alcance al dominio teórico. Replicando cierto aspecto del gesto científico, Freud dispuso en la base del saber una pregunta y no una respuesta capaz de fundamentar otros tipos de saberes, de modo que la epistemología misma, en tanto saber sobre el saber, investigará los fundamentos del conocimiento sin poder ella misma zanjar el asunto en torno a sus fundamentos como saber. Esta hipótesis se inscribe en esa vertiente epistemológica que postula la existencia de un real más allá de toda medida, de donde se desprende que ningún saber podrá constituirse como exterioridad metalingüística capaz de develar el sentido de los objetos por los que se pregunta. Por tal motivo, el supuesto *quid* real de los conceptos freudianos se sabe perdido para siempre. Es a lo que alude De La Fabián cuando afirma que el psicoanálisis es un saber sobre un no-saber que sólo es apprehendido en la superficie del texto simbólico que lo ficciona, y no una suerte de metalenguaje especializado capaz de capturar su objeto (De La Fabián, 2008, pp.146-147).

Leer este movimiento epistemológicamente permite, efectivamente, describir las peculiaridades sistémicas y estructurales del psicoanálisis en el campo de las teorías científicas, pero ello no es posible sin indicar a su vez ese punto en virtud del cual se desmarca de dicha serie por dejar un vacío de significación justo allí donde el científico tendería a explicar lo real desde su objetiva posición teórica. Los enunciados psicoanalíticos “incluyen en su interior su deuda con la ficción que les dio origen” (De La Fabián, 2008, p.146); en su enunciación se lee el despliegue de un trabajo de conceptualización que es siempre preliminar, siendo su propia limitación lo que se enuncia más allá del efecto de sentido que generan sus articulaciones teóricas. Podríamos decir que mientras la formalización en psicoanálisis produce un efecto de significación a nivel teórico, en términos epistemológicos dicha teorización opera mediante un efecto de significación de la significación –que deja como resto un vacío estratégico– en el que, no en vano, Miller reconoce “la estructura misma de la experiencia analítica” (Miller, 1993, p.14). El saber

psicoanalítico asegura la dimensión de la causa mediante su propia puesta en escena, precisamente porque ha abandonado la pretensión de decir la verdad sobre lo real. En virtud de este movimiento que no ha dejado de sostener la función del sujeto supuesto saber que supone la ciencia al constituirse, el psicoanálisis se inserta en el campo *epistémico/científico* como ausencia, se instala entre teorías con un saber formalizado que no alcanza nunca a cerrarse sobre sí mismo y que deja en evidencia su mera condición de *semblante* justo allí, en ese campo de teorías, donde se muestra en falta. Siguiendo a De La Fabián, habría que decir que el saber psicoanalítico es una construcción en cuya faz se lee el parecido o la semejanza que guarda con las demás teorías como un mero aspecto de que hacen lo mismo en ese campo que ha quedado reescrito mediante su propia introducción. El semblante no es allí una pura apariencia de la que deba esperarse una verdad teórica más esencial, sino una operación que puede hacer posible el sostenimiento y la transmisión de una práctica clínica que corre el riesgo, cada vez, de pensarse como *teoría* capaz de ceñir una verdad siempre esquiva y singular. Instalarse de ese modo en el campo epistemológico es conceder-se al habla, es poner la teoría en manos del decir conservando el lugar de un sujeto cuya posibilidad de elección puede atravesar en cualquier momento ese saber que — sólo en calidad de semblante — ocupa el lugar del Otro.

Llegados a este punto, resulta evidente que la función epistémica de la conceptualización adquiere en psicoanálisis un estatuto ético fundamental definido por el acto teórico que el analista acomete frente a aquello que le hace de límite al saber: allí donde la articulación significativa que es la *episteme* propia del *saber* psicoanalítico opera exhibiendo sus más elevados dotes para formalizar objetos potencialmente discernibles, se opta por sostener — teóricamente — el *corte* que pone de manifiesto lo inconsciente, transformando la *ciencia* inicialmente pretendida en la modulación de una relación específica con el saber que implica — revela — un cierto modo de hacer con la hiancia, con lo indiscernible. Tal como apunta De La Fabián (2008, p.146), “la incompletitud del saber psicoanalítico es el reverso de su posición ética frente al sujeto y la subjetividad”.

La lógica del significante exige referirse a la función de la causa y a la causa como función en ese plano donde el deseo humano se articula con el lenguaje. Fue Kant, nos recuerda Lacan, quien hizo evidente que la hiancia le impone a toda aprehensión conceptual la función de la causa (Lacan, 1964/2008, p.29). Un concepto implica siempre cierto *quid* resistente a la captura racional, una especie de insondable que precisamente por ello, a diferencia de la ley, funda para un sujeto la génesis de toda posible pregunta y tentativa de respuesta. El inconsciente freudiano tal como fue formulado por su creador, ese centro desconocido que en el plano del saber se manifiesta como lo *no-realizado*, opera *de facto* instaurando la función de la causa. En ese sentido, tal como indica Lacan en “Alocución sobre la enseñanza”, el saber psicoanalítico, sus conceptos fundamentales, están hechos «para servir en un allí» (Lacan, 2012), constituyen un entramado simbólico que asegura en su centro el lugar del no saber con el fin de estimular: “hacer de su no saber la causa de un deseo de saber” (Miller, 1993, p.26). El que teoriza en psicoanálisis, tal como el enseñante, se sustenta esencialmente en el movimiento con el que sale del saber para volver a entrar en él (Lacan, 2012, p.320), disponiendo una construcción teórica que de lo máximo de lo que podría aspirar que sea capaz es de facilitar una experiencia subjetiva en torno al saber en general.

«La imposibilidad toma en psicoanálisis la forma de conclusión», ha afirmado Miller. Es una decisión ética fundamental la que está en juego en esta disposición que sólo posteriormente puede ser leída en su carácter de modificación epistemológica. La incapacidad teórica está presente en psicoanálisis como correlato ético de una enseñanza que no en vano es del orden del enigma y no de la respuesta, lo cual, lejos de invocar la resignación del silencio nihilista, proporciona una ocasión para escribir allí lo que sólo *uno* podría. Dado que en la experiencia analítica la relación con el saber no es de captura sino de imposibilidad de toda captura, esa última palabra que no puede ser escrita en torno al enigma de lo real, bien puede ser sustituida por una palabra que logre indicarlo. Así pues, la función epistemológica del concepto de inconsciente, al apuntar a lo irreductible al saber, queda fundamentalmente reescrita por la posibilidad que engendra

de producir un saber en el corte, esto es, en la hiancia. Es a lo que apunta Miller cuando afirma, con relación a dispositivo del pase propuesto por Lacan — que se supone es el espacio más científico de la Escuela psicoanalítica — que, “Si hay ciencia, hay ciencia de esa hiancia. Es decir: de esa hiancia se tratará de hacer matema y no misterio” (Miller, 1993, p.33). El inconsciente opera bajo la forma de un *corte* que se torna *saber*, pero saber adquirido *par meprise*, esto es, mediante el escape que es el corte mismo y que adviene sólo en el momento de una falla, cuando uno no está a la altura (Miller, 1993, p.20). Allí se hace evidente que el movimiento epistemológico que hemos descrito, lejos de reducir el psicoanálisis al oscurantismo, asegura que habrá episteme en tanto haya *corte*, pero también que habrá *corte* en tanto haya episteme. Apostar así por la formalización no es, pues, insuflar expectativas — totales o asintóticas — de encerrar en una frase la última palabra, sino hacer existir la posibilidad de transitar un recorrido. Es justo por ese espacio que convoca al sujeto que habla a producir un saber sobre su real, que el entramado de conocimientos resultante de la práctica analítica no puede constituirse como el *saber científico* de la totalizante objetividad moderna; en todo caso, aparecerá como la modesta *episteme* de aquellos días antiguos que sólo aspiraba a la inteligibilidad, una inteligibilidad que se sabía tal por saberse también escritura de un sujeto.

El punto de conclusión de esta reflexión adviene, pues, al volver de forma renovada sobre aquella fórmula lacaniana en la que se afirma que el estatus del inconsciente es ético y no óntico gracias al modo de proceder de su descubridor (Lacan, 1964/2008, p.41). La dimensión de la causa recuperada por Freud pone en evidencia — teóricamente — la necesidad del *parlêtre* de dar un salto por encima de la hiancia que hay *en* el saber; salto que, como indica Miller (1993, pp.23-24), sólo puede efectuarse a través de la certidumbre que adviene por la vía del acto y no de la deducción ni de la contemplación.⁵ Al

5 Con este comentario Miller invoca a la teoría misma (*θεωρία*) — descendiente etimológico de la *contemplación*, *visión*, *observación* — para marcar la dirección que toma el camino de la formalización en psicoanálisis.

igual que Descartes, Freud tuvo una certeza. Desde el principio estuvo convencido de que el fenómeno histérico no carecía de sentido, de que del otro lado de la relación se estaba diciendo algo que, aunque enigmático, albergaba una lógica susceptible de ser escuchada y, además, dilucidada. En la raíz de su saber —siempre suspendido hasta que algo de aquello cobrara una forma inteligible— se abrió paso su acto, que empleando como método un cierto tipo de escucha capaz de poner en tela de juicio el saber objetivo y heredado, hizo posible que la verdad otrora silenciada hablara como lo hace todo sujeto. Freud entendió que debía existir una certeza para que hubiese saber —*episteme, ciencia*—, pero a diferencia de Descartes, hizo semblante de ella para que el ejercicio de un método horadante que lo instalaba a él en una posición de no saber, rindiera sus frutos. Lo determinante allí es que mientras que para la ciencia moderna el método estaba puesto al servicio del establecimiento de la ley, esto es, de la cadena cerrada de determinaciones que se supone nos daría, con certeza, la verdad sobre el objeto; para el psicoanálisis, el método apunta al trabajo con la hiancia que es lo inconsciente y que instaura la función de la causa en la vida de un ser humano, ofreciéndole al *sujeto de la ciencia* la pregunta y la posibilidad.

Así pues, Lacan dispone el acto freudiano —paradigma del acto analítico— como el fundamento mismo de su teorización. En Freud se hace patente esa reubicación fundamental del sabio a través de la cual afirma quizá su única indicación epistemológica: puede teorizarse legítimamente sobre el hecho de que no es él quien sabe lo que el paciente, a su pesar, sí. Su quehacer opera, por ello, como una especie de tinta que, al volverse *teoría*, inscribe en el lugar del Otro no un saber sino una pregunta que —como la socrática— aspira a despertar. Esa certeza freudiana que ciertamente no vino por la vía de la ‘contemplación racional’, y que no obstante pudo derivar en *θεωρία*, nos permite apreciar que en psicoanálisis los conceptos fundamentales no se forjaron con un afán contemplativo de saber; al contrario, surgieron como producto *epistémico/contemplativo* —que es siempre visión inteligible y racional (Ferrater-Mora, 2009, pp.348, 776)— de cierta relación subjetiva con el propio saber/corte.

Volver sobre el vocablo *episteme* nos ha conducido a reconocer que ésta incluye un límite que Descartes, quizá a su pesar, desenfunda y que no es otro que el sujeto mismo. Así como lo específico de la ciencia es tener un objeto que es siempre un campo de experiencia, lo específico del psicoanálisis — que pasa por la ciencia para obtener de ella su mínimo estatuto epistémico —, es vérselas frente a ese sujeto de la ciencia, frente a ese agente forcluido que la *ciencia/saber* rechaza para constituir la capturante objetividad de su discurso. En ese punto, allí donde no hay palabras mágicas capaces de exorcizar el límite de la conceptualización, el psicoanálisis salta fuera de la ciencia y se constituye como un nuevo vínculo social que apunta hacia el advenimiento de una orientación ética renovada, siendo ésta la más elevada virtud que habita en la posibilidad, por él sostenida y refrendada, de *dar forma a las cosas informes*. Descartes demostró que la constatación sobre lo más íntimo podía convertirse en una proposición epistémica y epistemológica, esto es, en saber sobre el *corte* e incluso en saber sobre el saber; más lo distintivo del movimiento freudiano es que privilegió el acto cartesiano frente a su saber, haciendo de ello el núcleo ético de su competencia clínica.

Referencias bibliográficas

- Bassols, M. (2016). El inconsciente, femenino, y la ciencia. *Lacan XXI*, 1 (abril 2016). Recuperado de: <http://www.lacan21.com/sitio/2016/04/16/559/>
- Cottet, S. (2013). Un bien-decir epistemológico. *Virtualia*, 26 (junio 2013), 1-5.
- De La Fabián, Rodrigo. (2008). Del saber científico acerca del objeto, al objeto como límite del saber psicoanalítico. En Kaulino, A. y Stecher, A. (Comp.). *Cartografía de la psicología contemporánea*. Santiago de Chile, Chile: LOM Ediciones.
- De Vaan, M. (2008). *Etymological Dictionary of Latin and the other Italic Languages*. Leiden, Netherlands: Brill.
- Ferrater-Mora, J. (2009). *Diccionario de filosofía*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Freud, S. (1915/1992). En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. xiv). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/1992). En J. Strachey (Ed.), *Obras completas* (J. L. Etcheverry, Trad., vol. xix).

- Grondin, J. (2006). *Introducción a la metafísica*. Barcelona, España: Herder.
- Lacan, J. (1955/2008). *El seminario de Jacques Lacan, libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1964/2008). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1966/2009). *Escritos 2*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (2012). *Otros escritos*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Miller, J-A. (1993). *De mujeres y semblantes*. Buenos Aires, Argentina: Cuadernos del Pasador.
- Miller, J-A. (1988). El psicoanálisis, su lugar entre las ciencias. *Blog de la Universidad Popular Jacques Lacan*. Recuperado de: <https://psicoanalisisyciencia.wordpress.com/documentos/el-psicoanalisis-su-lugar-entre-las-ciencias>.
- Miller, J-A. (1999). *Matemas I*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Miller, J-A. (1990). *Recorrido de Lacan*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Milner, J-C. (1980). *El amor por la lengua*. México, D.F.: Nueva Imagen.
- Milner, J-C. (1996). *La obra clara. Lacan, la ciencia, la filosofía*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Pastor, J. R. (1944). *Cálculo infinitesimal*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Mayo.
- Ríbnikov, K. A. (1987). *Historia de las matemáticas*. Moscú, Rusia: Editorial Mir.
- Roudinesco, É. y Plon, M. (2008). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artículo (APA):

Gámez, Kaira Vanessa (2018). El decir epistémico del psicoanálisis: una ética de la escritura. *Revista Affectio Societatis*, 15(28), páginas 81-100. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>